

·madas sobre el trípode de oro; cuando, al son de las cítaras y de los coros, las vírgenes danzaban en círculos mágicos, y daban al viento que descendía del Olimpo los rizos de sus negras cabelleras y los pliegues de sus blancas túnicas; cuando el poeta entonaba su oda á cuyos versos acompañaba la música; y la vida entera, como una obra de arte, se asemejaba á deliciosa y continuada armonía, al coro de los astros en la inmensidad de los cielos.

Tras esta invocacion á la antigua Grecia, los músicos sonaron una armonía verdaderamente griega por su sencillez y suavidad. Al son de la música, unos jóvenes escanciaron las copas que rebosaban vino de Chipre, y otros cogieron frescas rosas de las guirnaldas y las deshojaron sobre la espuma que subía á la superficie del oscuro y fortificante líquido. Mientras estos tocaban y aquellos bebían, varios cantaban canciones dignas de los tiempos helénicos y consagradas al vino y al amor. No pidais, decían á una en estas ó parecidas palabras, no pidais que cantemos á los héroes, porque nuestra cítara ensalza involuntariamente el amor y tira con fuerza incontrastable á celebrar la paloma que pliega sus alas tornasoladas y cambiantes al posarse sobre la lira de Anacreonte para beber en su copa, comer en su mano, y traerle á su oído dulces arrullos de amor. No queremos combatir, sino amar; apercebidos agua clara para refrescar nuestros rostros, vino añejo para encender nuestras venas, olientes rosas para ceñir nuestras sienas. Olas que arruyais la nave; brisas, que enchís las velas; árboles de las costas, que nos saludais al paso; aves marinas, que venís á posaros sobre los mástiles; acompañad con vuestras cadencias armoniosas todos nuestros cánticos para que podamos despertar á los genios de la Naturaleza y pedirles larga vida, eterna inspiracion, inagotable amor.

Tras este cántico armoniosísimo, empeñóse una conversacion sobre la naturaleza propia del arte. Filippo, esencialmente naturalista, admiraba la pintura veneciana porque la veía nacer al impulso de sus propias vocaciones. Uno de los mayores indicios para conocer lo que podríamos llamar complexion de las inteligencias, se encuentra en las espontáneas determinaciones del gusto, y en la instintiva eleccion de los modelos. Hijo Lippi del Renacimiento enamorado de la Naturaleza en cuyas emanaciones se embriagaba como uno de aquellos bacantes antiguos que iban delirando por los viñedos, amaba con amor exaltado la pintura naturalista, y la seguía con vocacion verdadera. En el fondo de sus cuadros los paisajes se dilatan, los árboles brotan animados de savia, las flores abren sus corolas de mil matices, las mariposas vuelan con la frescura y la magia de inocentes ilusiones, los pájaros se posan sobre las ramas floridas, el espíritu de la Naturaleza se revela y vive. Mas á pesar de esta vocacion predominante, el artista no pierde aquello que mas caracteriza y determina su gente, su region, su escuela, á saber, el don de trazar la línea que podríamos llamar la idea madre de su arte. Los toscanos, como los griegos, brillan con brillo sin

igual en el dibujo. Sus cuadros tienen algo del bajo relieve antiguo. Aunque la estatua griega todavía se encuentre enterrada en las ruinas de la Edad Media la han adivinado y la han presentido ellos por las intuiciones naturales al génio. De consiguiente sus figuras responden á un ideal de belleza que parece deliciosa armonía. Y este carácter se nota antes de Lippi en Giotto, en los Pisas, en Ghiberti; despues de Lippi en Leonardo de Vinci que también es toscano, y en Rafael que, si ha nacido por la Umbría, se ha educado en la etrusca Perusa y ha visto las puertas del Baptisterio y las capillas del Carmine en la griega y armoniosísima Florencia. Aunque en los tiempos de Lippi las escuelas no estaban ni tan definidas ni tan determinadas como medio siglo mas tarde, en que el Renacimiento llega á su verdadera madurez, pueden darse por existentes así la florentina como la veneciana, y puede decirse que en ésta predominaba el color y en aquella la línea. Por muy realista que un pintor toscano sea, siempre tienen tales armonías en sus figuras que responden á un mundo supra-sensible, y traen algun reflejo celeste de la idea increada; y por muy religioso, por muy espiritualista que sea un pintor veneciano, siempre obedece á la realidad y habita en el mundo inferior de las verdades terrenas. Así es que los ángeles del cielo, tales como pudiera soñarlos un extático en sus arrobamientos; las rosas místicas que al soplo de la oracion se abren y que llevan como el roce de invisibles sobrenaturales alas en sus corolas; los modelos mas acabados de la hermosura plástica y las figuras mas bellas por su forma, se ven allá en los bajos relieves de Ghiberti, en los fondos deslumbradores de Fra Angélico que diriais tomados del éter divino, en los grupos de Giotto y de Orcagna; mientras en la pintura veneciana, en la misma de Carpaccio y otros artistas del siglo décimo-quinto veis los largos intercolumnios sobre los relucientes canales; las góndolas tapizadas de negro y conducidas por gondoleros vestidos de rojo, las galeras llenas de esclavos africanos cuya tez de ébano resalta en la blancura de los mármoles, la alfombra de Persia extendida en pavimentos que parecen de cristal, los músicos con sus dalmáticas de brocado tocando la viola y la flauta en concertadas armonías, los pages con sus calzas y sus juboncillos de raso llevando copas y platos cincelados por prodigiosa manera, los festines orgiásticos donde los caballeros ofrecen á las damas resplandecientes de gozo y ornadas con toda la rica pedrería oriental, los aromas del vino griego mezclados con los arrebatos del voluptuoso amor. Todas estas ideas habian dado á Filippo tal entusiasmo que, embebido en verterlas y arreglarlas, no vió la nave cercana que con cuidado le atisbaba y con perseverancia le seguía hasta anunciar su proximidad por dos medios bien terribles: un grito salvaje de su tripulacion y una descarga cerrada de sus arcabuces.

Aquellos artistas descuidados e imprevisores; sin mas armas que los cuchillos áureos de la rica mesa; sin mas armadura que el damasco y el

terciopelo del pintoresco trage; sin mas propósito que vagar á su antojo por el Adriático y divertirse en ruidosos placeres; hijos de Vénus y Baco, cuando mas en sus goces se encontraban absortos, véense sorprendidos con ese asalto y amezados de pirata abordaje. Á ser mas precavidos y recelosos, notaran extraña nave que les aguardaba á la punta oriental del Lido y les seguía á calculada distancia. Cierta que en mañana despejada y tranquila, cerca de Venecia, salian y entraban tantos barcos ya de la marina oficial, ya del comercio, ya de pesca, que podia uno de ellos tomar el mismo derrotero de los artistas y seguir el mismo rumbo sin verse sospechado de piratería. Y eso que la nave salteadora presentaba bien extraños caracteres. Poco su calado, muchos sus remos, numerosas sus velas, bogaba con la agilidad de los delfines. Entre sus remos se veian tipos de los principales pueblos entonces conocidos, y representantes de razas asiáticas, europeas y africanas. Á popa se distinguía un marino avellanado, de elegante apostura, de negros y saltones ojos, de rostro atezado por el sol y por los vientos, de nariz aguileña, de barba poblada, de labios gruesos, que miraba y remiraba la nave, objeto de sus ansias, con codiciosa y rapaz avidez, propia de un pirata. Este hombre creía tener rayas bienhadas en la mano y estrellas propicias en el cielo. Vencedor mil veces de la tempestad, confiaba en su fortuna, y se reía de la resistencia de las sociedades humanas tan débil cuando se le compara con la resistencia de los elementos. El mar le parecía su imperio, los vientos sus aliados, las ondas sus esclavas; y como los horizontes inmensos y los celajes interminables, sus ensueños y sus ambiciones no reconocian ningun límite. Vivir en la inmensidad como el pez; acostarse para el sueño eterno en las ondas como el sol; luchar y reluchar con los elementos: he ahí compendiada toda su existencia. El oleaje hirviendo azotado por los huracanes sonaba en sus oidos como un coro gigantesco; la vibracion de las lonas y de los cables, el crugido de los mástiles, como un arpa. No le gustaba requerir los puertos, ni echar las anclas; pues en la inercia se moría y en tierra se mareaba. Crecido en los combates, la ley de su vida se reducía á combatir con sañudo encarnizamiento, sin curarse para nada ni que cambiasen los móviles y los fines de sus acciones. Juguete de las fuerzas ciegas de la naturaleza, tenia como la naturaleza, á cuyo poder estaba sometido, una crueldad implacable. En su sentir, los fuertes debian dominar á los débiles, como en los abismos de las aguas los peces grandes devoran á los chicos: que no resplandecia con otros resplandores su conciencia ni llegaban mas lejos sus leyes de moral. Hombre de semejante naturaleza abordó y apresó la nave en que iba Lippi.

—¡Oh afrenta! Dijo Squarccione, los piratas llegan hasta las puertas de Venecia.

—No tembleis, exclamó el pirata, os pido uno de vosotros que necesito

cautivar, y os dejo á los demás completamente libres. Muchachos, añadió, prendedme al pintor Lippi, y trasportadlo á nuestro barco.

Cuatro piratas, armados de hachas y trabucos, entraron á esta orden imperiosa en la nave de los artistas; se dirigieron á Lippi que los miraba con estupefaccion; le ataron las manos á la espalda sin que pudiera oponer resistencia, porque cada artista tenia enfrente de sí un arma de fuego, y él solo cuatro; le condujeron al barco pirata; y dando fuerte impulso á los remos y tendiendo al aire todas las velas, se apartaron y se perdieron de vista en alta mar con rapidez vertiginosa á manera de una de esas nubes que arrastra y disipa en sus varios giros el viento. Al alejarse, oyóse una voz siniestra que decia:

—Venganza, venganza, venganza.